



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Batalla de Pavía

César Muro Benayas

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Sección de Patrimonio Cultural Militar

6 de enero de 2025

La situación general del momento

En enero de 1524, el rey Francisco I de Francia, que contaba con el apoyo del nuevo papa, Clemente VII, reconquistó Milán. Las tropas imperiales recibieron refuerzos y, bajo el liderazgo del virrey de Nápoles, el borgoñón Carlos Lannoy, y el marqués de Pescara al mando de las tropas, se reorganizaron las fuerzas. Se sucedieron varios combates y los franceses fueron expulsados de la Lombardía, a principios del verano.

Animados por el éxito obtenido, continuó el avance de las fuerzas del rey y emperador Carlos y se invadió Francia por la Provenza. Ante semejante amenaza, el rey Francisco I reaccionó encolerizado y se puso en cabeza de un ejército, de más de cuarenta mil hombres.

Pescara, junto al condestable Borbón, noble francés de gran alcurnia que por ofensas de su rey había cambiado de bando, se retiró hacia Génova y de seguido a Milán; la situación no le era favorable ante el empuje francés. Era finales de septiembre.

Pavía, llamada a ser la clave de la campaña

El rey francés avanzó rápido atravesando los Alpes y se dirigió hacia Milán.

Pescara decidió con prontitud: abandonó Milán, presa de una epidemia de peste, dejando una pequeña guarnición. Con la mayoría de sus fuerzas se retiró hacia el este, buscando refugio en Lodi y Cremona, a orillas del río Adda. Deseaba ganar tiempo y no enfrentarse al francés hasta recibir los refuerzos que, el virrey le aseguraba, estarían pronto de camino desde Italia y Alemania.

Simultáneamente a este movimiento, decidió basar la defensa en Pavía, a solo una jornada de Milán, y cerrando el camino de los Alpes. Se trataba de una ciudad amurallada, bien apoyada en el río Tesino. A cargo de su defensa puso un gran jefe, el navarro Antonio de Leyva, que había combatido con el Gran Capitán y contaba con un abrumador historial de 32 batallas y 47 asedios. Junto a él, 6.000 lansquenets alemanes, 400 españoles, 500 italianos, 250 lanzas y 16 cañones.



Conflicto de intereses hispano-franceses

El rey Francisco I, convencido de su gran superioridad, envió una pequeña fuerza para hacerse con Milán, otra a conquistar Génova y casi la tercera parte de su gran ejército la reservó para ocupar Nápoles y dominar toda la península Itálica. Del ejército español en retirada, del marqués de Pescara, supuso que, ante la falta de pagas, estaría entre amotinado y deshecho; no le dio ninguna importancia, hipótesis cercana a la realidad. Con su lucido ejército, repleto de nobles franceses, llegó a Pavía el 25 de octubre, decidido a asaltar la ciudad.

El escenario era peculiar. La ciudad amurallada tenía forma de cuadrilátero, con bastiones en forma de torres en sus esquinas. Del castillete de la puerta principal de la villa salía la ruta hacia Milán. A la derecha de este camino un recinto de piedra, de 21 kilómetros de perímetro, denominado el Barco, tenía en su interior varias edificaciones, destacando la denominada Mirabello. Más al norte, por el camino a Milán, el canal de Bivasco atravesaba transversalmente la ruta; de él salían dos cauces a modo de arroyos que, tras atravesar el recinto del Barco, morían en el Tesino.

El asedio

Desde el primer momento la actitud de Leyva fue muy ofensiva. Antes de finalizar octubre ya había hecho tres salidas nocturnas, encamisadas con bastante acierto, produciendo considerables bajas.

Durante el mes de noviembre se sucedieron tres grandes ataques a la ciudad. Se produjeron muchas pérdidas en el bando atacante sin conseguir resultados. El rey, consciente de la imposibilidad de continuar, ordenó parar los infructuosos y costosos asaltos.

Se presentaron nuevas opciones para tomar la plaza. La principal trataba de desviar el río Tesino, defensa natural inexpugnable, mediante un canal que, aguas arriba, desviase sus aguas al río Gravalón. Simultáneamente, se construirían dos «caballeros» para la Artillería. Unido a esto se demandaría más pólvora y municiones; asunto que supondría un plazo suficiente para llevar a cabo las obras anteriores. Además, el perímetro exterior de las trincheras se reforzaría con cestones y tinajas.

El rey, además, ante la posible llegada de refuerzos al ejército de Pescara, ordenó al duque de Albania, que marchase a tomar el reino de Nápoles, como se tenía previsto.

Se sucedieron muchos días con el frente estabilizado derivando en una guerra de trincheras, con minas y contraminas. Los franceses causaron la destrucción de uno de los torreones. El bando imperial respondía con exitosas encamisadas nocturnas.

En Pavía, el principal problema de Leyva fue conservar una férrea disciplina. Se producían muchas deserciones de los alemanes. Se tuvo que fundir la plata de las iglesias para pagarles y asegurarse de que no les faltase pan, vino, queso o carne. El riesgo de sedición siempre estaba presente.

A mediados de enero la situación empezó a evolucionar.

La pólvora francesa llegó, por fin, tras burlar a los españoles que intentaron interceptarles. Días después, el trasvase del Tesino al Gravalón estuvo prácticamente finalizado y permitiría cruzarlo a pie.

A la parte española habían ido llegando nuevas fuerzas al marqués de Pescara. Se habían incorporado 6.000 lansquenets desde Alemania, 2.000 italianos y 1.000 españoles.

Para levantar los ánimos realizaron una importante encamisada, con Pescara y su sobrino, el marqués del Vasto, al frente de las tropas, a la fortaleza de Melzo, a cinco leguas de Lodi.

Con la moral alta y suficientes efectivos, el ejército imperial puso rumbo a Pavía el 23 de enero. Tras aprovisionarse con lo que encontraban a su paso, el 3 de febrero divisaron Pavía y fueron saludados por los sitiados con cinco salvas de cañón.

Se ubicaron en la parte oriental del despliegue francés. Fueron recibidos por la potente artillería y otras unidades que realizaron arriesgadas salidas a su encuentro. Apareció como prioritario proteger las tropas, municiones y vituallas, así como suministrar lo indispensable a los sitiados en la plaza. Asunto que se consiguió seis días después, mediante una audaz añagaza al disfrazarse una fuerza como francesa.

Los siguientes días los españoles se mantuvieron muy activos consiguiendo mejorar las protecciones y realizando diarias salidas nocturnas con éxitos considerables, tanto desde las trincheras como desde Pavía.

El rey francés solo contestó con artillería; no tenía prisa. Sabía que su mejor arma era el tiempo, el cual jugaba a su favor: esperaba refuerzos importantes a finales de febrero, provenientes de Suiza y Francia. Conocía las deserciones en el bando contrario. Y el duque de Albania amenazaba la ocupación inminente del virreinato de Nápoles. Las hipótesis, por tanto, que barajaba eran que el ejército imperial se deshiciera, por falta de pagas, o se retirase en socorro de Nápoles. En el peor de los casos, si presentaba batalla, su superioridad le daría la victoria.

La inesperada batalla

El virrey Lennox reunió el consejo de capitanes para decidir qué hacer tras saber de la llegada de dineros para pagar a las tropas. Pescara les convenció de presentar batalla, exponiendo un plan audaz que les podría dar la victoria. Su primera orden fue que las tropas se avituallasen para tres días; el ataque sería inminente.

En la noche del 23 al 24 se alertó a las tropas para que se encamisasen con ropa blanca. A las 9 de la noche se dio la orden de quemar chozas y tiendas como si abandonasen el campo hacia retaguardia. Se quedaron en las trincheras tres compañías para que simulasen una protección del repliegue. El bagaje fue enviado hacia el río Adda. Por último, un capitán se infiltraría hasta Pavía para transmitirles que salieran a combatir tras la señal de dos disparos de artillería.

El ejército hizo un movimiento hacia retaguardia, para pronto virar buscando el cercado del Barco. Con arietes y picos, la vanguardia debería abrir tres amplios pasos. Se había previsto hacerlo en una hora, pero el muro apareció muy consistente y no lo consiguieron hasta una hora antes del alba.



Ferrer-Dalmau Nieto, Agosto (2017). "Batalla de Pavía". Óleo sobre lienzo. Museo del Ejército (Toledo)

Bajo el mando del marqués del Vasto entraron la Infantería española y la alemana con una vanguardia de caballos. Se dirigieron a las casas de Mirabello. Los dos escuadrones los formaban 6.000 españoles y 12.000 alemanes. En el flanco izquierdo, junto a los alemanes, marcharía la caballería pesada, con el virrey

Lannoy, conducida por el condestable de Borbón, con 700 lanzas y 200 arcabuceros. En el otro flanco, junto a los españoles, lo haría la caballería ligera con solo un escuadrón. A retaguardia, los 2.000 italianos y algunos jinetes españoles protegerían la artillería.

Alertado el rey francés, ordenó que franceses e italianos permaneciesen sitiando Pavía, ante el riesgo de una salida de Leyva. Envió por delante los escuadrones de lansquenets alemanes y esguizaros suizos. Él marcharía al frente de su caballería pesada con el apoyo de su potente artillería.

El primer encuentro se produjo, contra lo habitual, a retaguardia. Un escuadrón de lanzas francesas junto a otro de suizos apareció por sorpresa atacándoles y vencidos.

Alcanzadas las casas de Mirabello, se hicieron con las sorprendidas tropas allí alojadas, descubriendo, desde la otra orilla del arroyo de Vernacia, cómo, desde el sur, los escuadrones de suizos y alemanes iban a su encuentro y, detrás, la temida artillería francesa.

En su orilla, toda la caballería pesada francesa, avanzando pareja a su infantería; se disponía a atacar a la propia. Lannoy, buscó el encuentro, correspondido por el mismo rey Francisco I con un ataque frontal y otro por el flanco derecho español. El campo tenía varias zonas boscosas que permitieron a los arcabuceros propios refugiarse y disparar, a placer, a los jinetes que no iban encamisados. La maniobra de flanco de los franceses impidió a su artillería hacer fuego en su apoyo, lo que resultó fatal para ellos. El cuerpo a cuerpo entre unos y otros, siempre con ventaja de los españoles por los arcabuceros que apoyaban a los jinetes sin presentar un frente que pudiese ser atacado, fue determinante.

En estos momentos claves, Leyva recibió la orden de salir de Pavía atacando con bravura a franceses e italianos que les cercaban en las trincheras, para derrotarles en breve tiempo.

Mientras tanto, en las casas de Mirabello, la infantería, protegida en un bajío, aguantaba el fuego artillero. Pescara se puso a su frente. Pasaron, no sin dificultad, el cauce del arroyo y orientados hacia el sur, por donde progresaba a su encuentro la infantería enemiga, se dispusieron ambos escuadrones para el choque. Delante de ambos núcleos, arcabuceros españoles dispararían a las primeras filas.

El combate entre alemanes fue brutal. Los lansquenets de las temidas Bandas Negras venían con coseletes y escopeteros delante, pero poco pudieron hacer frente al fuego graneado de los arcabuceros. Además, como su frente era más

estrecho que el escuadrón de los imperiales, fueron desbordados por sus flancos y atacados, sin piedad, por todos los costados.

Pescara retiró enseguida los alabarderos de este escuadrón para disparar por el intervalo al de los esguízaros suizos que ya estaban recibiendo fuego de los alabarderos del escuadrón español. Sorprendidos, no aguantaron el castigo y se retiraron en desbandada buscando el río. Pronto les siguieron los pocos alemanes que pudieron escapar.

El marqués del Vasto continuó tras ellos dando muerte y cogiendo prisioneros a los que no se ahogaron en el Tesino. El enfrentamiento se resolvió en menos de una hora con el triunfo aplastante del bando español. El fuego de los arcabuceros había sido decisivo.

La captura del rey francés

Un disparo de arcabuz alcanzó el caballo del rey francés, con la mala fortuna de quedar inmovilizado por una pierna bajo su corcel. Tres jinetes españoles se repartieron la gloria de hacerle prisionero. Se trataba del guipuzcoano Juan de Urbina, el granadino Diego de Ávila y el gallego Alonso Pita da Veiga.

Estuvo preso en el Torreón de los Lujanes, y posteriormente en el Alcázar. Tras firmar el acuerdo de Madrid por el que renunciaba a Navarra, Flandes, el Milanesado, Génova y Borgoña fue puesto en libertad en marzo de 1526. Todo quedó en nada, una vez liberado. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2025